

algunas palabras. Aseguraba que ninguno moriría con más amor á su patria, ni más deseoso de su felicidad y su independencia. Pocos eran los espectadores que asistían á esta ejecución: el tiempo del fanatismo político había pasado; no se mataba ya con ese furor que en otro tiempo endurecía los corazones. Todos los ánimos se sublevaron al tener conocimiento de los detalles de este suplicio, y recayó sobre los termidorianos un baldón bien merecido. Vemos, pues, que en esta larga sucesión de ideas contrarias todas tuvieron sus víctimas; las ideas mismas de clemencia, de humanidad y de reconciliación tuvieron sus holocaustos, porque en las revoluciones ninguna puede quedar limpia de sangre humana.

El partido montañés se hallaba casi enteramente aniquilado. Los patriotas acababan de ser vencidos en Tolón: después de un combate asaz sangriento, empeñado en el camino de Marsella, viéronse en la precisión de rendir las armas y entregar la plaza en que esperaban apoyarse para sublevar á Francia. No eran ya, pues, un obstáculo; y según costumbre, su caída produjo la de algunas instituciones revolucionarias. El célebre tribunal, reducido casi desde la ley del 8 nivoso á un tribunal ordinario, fué abolido definitivamente. Todos los acusados quedaron en poder de los tribunales criminales, que juzgaban según el procedimiento de 1791; únicamente á los conspiradores se les juzgaría por la ley del 8 nivoso, sin recurso de apelación. La palabra revolucionario, aplicada á las instituciones y á los establecimientos, quedó desde luego suprimida. Los guardias nacionales fueron reorganizados bajo el antiguo pie, siendo excluidos de sus filas los obreros, los criados, los ciudadanos poco acomodados, y en una palabra, el pueblo; de modo que el cuidado de la tranquilidad pública se confió de nuevo á la clase que más interés tenía en mantenerla. La guardia nacional de París, organizada por batallones y brigadas, y mandada alternativamente por un jefe de éstas, quedó bajo las órdenes del comité militar. Por último, otorgóse la concesión más deseada por los católicos, cual era la restitución de las iglesias, y se les devolvieron con la condición de que las sostuvieran á su costa. Esta medida, por lo demás, aunque fué resultado de la reacción, hallábase apoyada por las personas más sabias, quienes la consideraban como la más propia para calmar á los católicos, que no creían haber recobrado la libertad del culto mientras no tuvieran sus antiguos edificios para celebrar las ceremonias.

Las discusiones de hacienda, interrumpidas por los acontecimientos de pradiel, eran siempre las más urgentes y penosas. La Asamblea volvió á tratar de ellas tan pronto como se hubo restablecido la calma: decretó nuevamente que sólo habría una clase de pan, para que el pueblo no tuviese motivo de censurar el lujo de los ricos; dispuso que se hiciera el recuento de granos á fin de destinar lo superfluo de cada departamento para abastecer á los ejércitos y grandes distritos; y volvió á discutir el decreto que permitía el libre comercio del oro y de la plata. Así, pues, la urgencia de las circunstancias la condujo á la adopción de alguna de esas medidas revolucionarias contra las cuales se había clamado tanto. El agiotaje llegaba al último grado de furor: ya no había tahoneros, carniceros ni lonjistas; todo el mun-

do compraba y revendía pan, carne, especias, aceites, etcétera; los graneros y las bodegas estaban llenos de mercancías y comestibles con los cuales especulaba todo el mundo. Vendíase en el Palacio Real pan blanco á 25 ó 30 francos la libra. Los revendedores se precipitaban en los mercados para comprar los frutos y las legumbres que traían los hortelanos y encarecerlos inmediatamente. Se iba á comprar de antemano las cosechas verdes ó los rebaños, á fin de especular después sobre el aumento de precios. La Convención prohibió á los revendedores presentarse en los mercados antes de cierta hora, y vióse en la precisión de ordenar que únicamente los carniceros del gremio podrían comprar ganados y que no se recogieran los frutos antes de la recolección.

Así, pues, todo estaba trastornado; los individuos más extraños á las especulaciones comerciales estaban al acecho de cada variación del asignado, para hacer sufrir la pérdida á otro y recoger ellos mismos el mayor valor de un comestible ó de una mercancía.

Ya se ha visto que entre el proyecto de reducir el asignado al curso ó el de cobrar en efectivo los impuestos, la Convención había preferido el que consistía en vender los bienes nacionales sin subasta, y triplicando el valor de 1790. Éste era, según se ha dicho, el único medio de venderlos, porque la subasta hacía subir siempre los bienes á proporción de la baja del asignado, es decir, á un precio que no podía pagar el público. Tan pronto como se hubo expedido la ley fué extraordinaria la concurrencia, cuando se supo que bastaba presentarse el primero para no pagar los bienes más que con el valor triplicado de 1790 en asignados.

Para ciertos bienes llegaron á muchos centenares los licitadores; en Charentón se contaron trescientos sesenta para un dominio procedente de los Padres de la Merced, y hubo hasta quinientos para otro. Las casas de hospedaje de los distritos estaban llenas de gente: simples comisionados, personas sin fortuna, pero que tenían momentáneamente algunas sumas de asignados, corrían á solicitar las fincas; y como no estaban obligados á pagar en el acto sino una sexta parte, y el resto en varios meses, adquirían con sumas mínimas considerables bienes para venderlos con beneficio á los que se habían apresurado menos. A causa de esta precipitación fueron confundidos entre los bienes nacionales algunos dominios de que no tenían noticia las administraciones. El plan de Bourdón de l'Oise producía, pues, un éxito completo, pudiendo esperarse que muy pronto quedaría vendida una gran parte de los bienes, y que los asignados se retirarían ó subirían de valor. Verdad es que la república sufría con estas ventas pérdidas que resultaban ser considerables si se calculaban numéricamente. La tasación de 1790, fundada en los productos aparentes, era por lo general inexacta, porque los bienes del clero y los de la orden de Malta estaban arrendados á un ínfimo precio, pagando los arrendadores en vino el exceso del precio, que ascendía á menudo al cuádruplo del que correspondía al arriendo. Una tierra arrendada en mil francos daba en realidad cuatro mil; según la tasación de 1790, esta tierra valía 25.000 francos, y se debía pagar por ella 75.000 en asignados, que no valían en realidad sino 7.500. En Honfleur, algunos almacenes de sal cuya construcción

había costado más de 400.000 francos, iban á venderse en realidad por 22.500. Según este cálculo, la pérdida era grande; pero no había más medio que resignarse, ó bien disminuirla exigiendo cuatro ó cinco veces el valor de 1790 en vez de tres sólo.

Rewbell y muchos diputados no comprendieron esto; veían sólo la pérdida aparente, y pretendieron que se derrochaban los tesoros de la república, privándola de sus recursos. Eleváronse gritos por todas partes; los que no entendían la cuestión, viendo desaparecer con dolor los bienes de los emigrados, se coligaron para conseguir que se suspendiera el decreto. Balland y Bourdón de l'Oise le defendieron con calor; mas no supieron dar la razón esencial, cual era la de que no se debía pedir por los bienes más de lo que podían dar los compradores; dijeron lo que es verdad, que la pérdida numérica no era tan grande como lo parecía en efecto; que 75.000 francos en asignados valían sólo 7.500 en numerario; que éste tenía dos veces más valor que en otro tiempo, y que 7.500 francos representaban seguramente de 15.000 á 20.000 de 1790; añadieron que la pérdida actual estaba compensada por la ventaja que producía el terminar desde luego esta catástrofe financiera, retirar ó hacer subir los asignados, poner fin al agiotaje sobre las mercancías, atrayendo el papel sobre las tierras, entregar inmediatamente la masa de bienes nacionales á la industria individual y arrebar por último toda esperanza á los emigrados.

Suspendióse, sin embargo, el decreto, mandando á los administradores que continuasen recibiendo proposiciones, para que todos los bienes nacionales fuesen declarados así por el interés individual y para formar un estado más exacto. Pocos días después se anuló completamente el decreto, ordenándose que se continuara la venta de los bienes en subasta.

Después de haber entrevisto el medio de poner término á la crisis, vemos que se abandonó, recayéndose así en la espantosa penuria de que se hubiera podido salir. Sin embargo, puesto que no se hacía nada para mejorar los asignados, no se podía continuar con la deplorable falsedad del valor nominal, que arruinaba la república y á los particulares pagados en papel; era preciso volver á la proposición, hecha ya, de reducir los asignados. Habíase desechado la de efectuarla al curso del metálico, porque los ingleses, según decían, serían los que diesen leyes, por tener tanto numerario; no se quiso hacer tampoco la reducción al curso del trigo, porque el precio de los cereales había aumentado considerablemente, y se rehusó, tomando el tiempo por escala, reducir cada mes el papel de cierto valor, porque alegaban que esto era privarle del carácter de moneda y hacer bancarrota. Todas estas razones eran frívolas, porque ya se eligiese el metálico, el trigo ó el tiempo, para determinar la reducción del papel, perdía siempre la calidad de moneda. La bancarrota no consistía en reducir el valor del asignado entre particulares, porque esta reducción se había efectuado ya de hecho, y reconocerla no era más que evitar los robos; la bancarrota hubiera consistido más bien en el restablecimiento de la venta de los bienes por subasta.

Lo que la república había prometido, en efecto, no era que los asignados valiesen tal ó cual suma entre particulares (esto no depende de ella), sino que produjeran

tal cantidad de bienes. Ahora bien; estableciendo la subasta, el asignado no proporcionaba ya cierta cantidad de bienes; era impotente para esto, así como para la adquisición de comestibles, y sufría la misma baja por efecto de la competencia.

Buscóse otra medida que no fuera el metálico, el trigo ó el tiempo, para reducir el asignado, y se eligió la cantidad de las emisiones. Verdad es, en principio, que el aumento de numerario en circulación hace subir proporcionalmente el precio de todos los objetos: si uno cualquiera valió un franco cuando había dos mil millones de metálico en circulación, debía valer dos francos cuando circulaban cuatro mil millones de numerario, tres cuando hubiese seis mil, cuatro cuando ocho mil, y cinco si llegaba á diez mil. Suponiendo que la circulación actual de los asignados ascendiese á diez mil millones, era preciso pagar hoy cinco veces más que cuando sólo se contaban dos mil.

Establecióse una escala de proporción, á partir de la época en que sólo había dos mil millones de asignados en circulación, y se acordó que en todo pago hecho con este papel se agregase una cuarta parte de exceso por cada quinientos millones con que se aumentara la circulación. Así, pues, una suma de dos mil francos estipulada cuando circulaban dos mil millones, equivaldría, cuando se contasen quinientos millones más, á dos mil quinientos francos; á tres mil si había tres mil millones; y por último, ahora que se llegaba á diez mil millones valdría diez mil francos.

No debían estar, sin embargo, muy tranquilos con esta medida los que consideraban como una bancarrota aquella pérdida de la calidad de moneda, porque en vez de guardarse proporción con la plata, el trigo ó el tiempo, entorpecíase completamente su curso en proporción á las emisiones, lo cual equivalía á lo mismo y tenía un inconveniente más. Gracias á la nueva escala, cada emisión iba á disminuir en una cantidad determinada y conocida el valor del asignado. Emitiendo quinientos millones, el Estado iba á despojar al poseedor del asignado de una cuarta, quinta, sexta parte, etc., de lo que poseía. Sin embargo, esta escala, que tenía sus inconvenientes, como todas las demás reducciones al curso del metálico ó el trigo, hubiera debido aplicarse por lo menos á todas las transacciones; pero no se osó hacerlo, y aplicóse desde luego al impuesto y á sus atrasos. Se prometió someter á ella á los funcionarios públicos cuando se hubiera reducido su número, y á los rentistas del Estado cuando las primeras entradas de impuestos, según la nueva escala, permitiesen pagarles del mismo modo. No se atrevieron á permitir que se utilizasen de la escala los acreedores de toda especie, los propietarios de edificios rústicos ó urbanos, los de fábricas, etc., pues sólo hubiera favorecido esto á los dueños de fincas territoriales. Ganando los arrendatarios excesivamente sobre los géneros y no pagando por medio de los asignados sino la décima ó dozava parte del precio de su arriendo, se les obligó también á pagar sus cuotas según la nueva escala. Debían entregar una cantidad de asignados proporcionada á la emitida desde que venció el plazo de su ajuste.

Tales fueron las medidas por las cuales se trató de disminuir el agiotaje, poniendo término al desorden de los valores. Consistieron, según se ve, en prohibir á los



especuladores adelantarse á los consumidores en la compra de comestibles y géneros y en proporcionar los pagos en asignados con la cantidad de papel en circulación. La expulsión de los jacobinos en brumario había sido el principio de la ruina de los patriotas; el acontecimiento del 12 germinal la aceleró, pero el de pradiel la completó. La mayoría de los ciudadanos que les eran opuestos, no por realismo, sino porque temían un nuevo terror, estaban más desencadenados que nunca y los perseguían con el mayor encarnizamiento. Encerrábase y se desarmaba á todos los hombres que habían servido celosamente á la revolución, y se ejercían con ellos actos tan arbitrarios como con los antiguos sospechosos. Las prisiones se llenaban como antes del 9 termidor, pero sólo con revolucionarios; el número de los detenidos no se elevaba, como entonces, á cerca de cien mil, pero sí á veinte ó veinticinco mil. Los realistas triunfaban: el desarme ó encarcelamiento de los patriotas, el suplicio de los diputados montañeses, el procedimiento comenzado contra otros muchos, la supresión del tribunal revolucionario, la restitución de las iglesias al culto católico, y la reorganización de los guardias nacionales eran otras tantas medidas que les llenaban de regocijo y de esperanza. Lisonjeábanse de que bien pronto obligarían á la revolución á destruirse á sí misma, y que se vería á la república aprisionar ó condenar á muerte á todos los hombres que la habían fundado. A fin de acelerar este movimiento intrigaban en las secciones, excitábanlas contra los revolucionarios y las inducían á los últimos excesos.

Muchos emigrados regresaban, ó con pasaporte falso, ó bajo el pretexto de pedir la cancelación de sus causas. Las administraciones locales, renovadas desde el 9 termidor y llenas de hombres débiles ó enemigos de la república, prestábanse á todas las mentiras oficiales que de ellas se exigía; todo cuanto tenía por objeto dulcificar la suerte de aquellos á quienes se llamaba víctimas del terror, parecía permitido, y proporcionaban así á muchos enemigos de su país el medio de entrar en él para desgarrarle. En Lyon y en todo el Mediodía continuaban reapareciendo secretamente los agentes realistas; las compañías de Jehú y del Sol habían cometido nuevos asesinatos. Los diez mil fusiles, destinados al ejército de los Alpes, se distribuyeron inútilmente á la guardia nacional de Lyon, pues no se sirvió de ellos, y dejó matar el 25 pradiel (13 junio) á muchos pa-

triotas. Las aguas del Saona y del Ródano arrastraron de nuevo cadáveres; en Nîmes, Avignón y Marsella se perpetraron asesinatos semejantes: en esta última ciudad fué asaltado el fuerte de San Juan, y renováronse los horrores de septiembre contra los prisioneros.

El partido dominante de la Convención, compuesto de termidorianos y girondinos, se defendía contra los revolucionarios; pero vigilando al mismo tiempo á los realistas, comprendía la necesidad de reprimirlos. En su consecuencia, decretó en el acto que la ciudad de Lyon sería desarmada por un destacamento del ejército de los Alpes, disponiendo se destituyese á las autoridades que habían dejado cometer los asesinatos de los patriotas. Al mismo tiempo se previno á los comités civiles de las secciones que revisasen las listas de los detenidos, mandando poner en libertad á los encarcelados sin motivo suficiente. Excitadas las secciones por los intrigantes realistas, subleváronse al punto, y dirigieron peticiones amenazadoras á la Convención, diciendo que el comité de seguridad general dejaba libres á los terroristas, devolviendo las armas. Las secciones de Lepelletier y del Teatro Francés (Odeón), siempre las más ardientes contra los revolucionarios, preguntaron si se quería restablecer la facción abatida, y se hablaba de monarquía en Francia para hacer olvidar el terrorismo.

A estas peticiones, con frecuencia poco respetuosas, los interesados en el desorden agregaban los rumores más capaces de agitar los ánimos. Decían que Tolón había sido entregado á los ingleses; que el príncipe de Condé y los austriacos iban á entrar por el Franco Condado, mientras los ingleses penetrarían por el Oeste; que Pichegrú había muerto; que iban á faltar las subsistencias, porque se quería venderlas al comercio libre; y por último, que varios comités reunidos, temiendo los peligros públicos, habían deliberado para restablecer el régimen del terror. Los diarios consagrados al realismo excitaban y fomentaban todos estos rumores; y en la agitación general podía decirse verdaderamente que había vuelto el reinado de la anarquía. Los termidorianos y los contrarrevolucionarios se engañaban al llamar anarquía al régimen que había precedido al 9 termidor: este régimen fué una dictadura espantosa; la anarquía comenzó desde que dos facciones, casi iguales en fuerzas, combatían sin que el gobierno tuviese bastante poder para vencerlas.

## CAPÍTULO XXX

Situación de los ejércitos del Norte y del Rhin, en los Alpes y los Pirineos, hacia mediados del año III. - Varios proyectos de traición de Pichegrú. - Estado de la Vendée y la Bretaña. - Intrigas y planes de los realistas. - Se renuevan las hostilidades en algunos puntos de los países pacificados. - Expedición de Quiberón. - Aniquilamiento del ejército realista por Hoche. - Causas del poco éxito de esta tentativa. - Paz con España. - Paso del Rhin por el ejército francés.

La situación de los ejércitos había cambiado poco, y á pesar de haber transcurrido ya la mitad de la estación favorable, no había ocurrido ningún acontecimiento de importancia. Después de haber recibido Moreau el mando del ejército del Norte, acampó en Holanda; Jourdan obtuvo el del ejército de Sambre y Mosa, situado en el Rhin, hacia Colonia; y Pichegrú el del Rhin, acantonado después en Maguncia hasta Estrasburgo. Las tropas se hallaban en una penuria que no se había hecho más que aumentar por la debilidad de las medidas del gobierno y la ruina del papel moneda. Jourdan no tenía un solo pontón para pasar el Rhin ni un solo caballo para conducir su artillería y sus bagajes. Kléber carecía delante de Maguncia de una cuarta parte del material necesario para sitiarse á esta plaza. Los soldados desertaban todos al interior, pues la mayor parte creían haber hecho lo bastante por la república, llevando sus gloriosas banderas hasta el Rhin. El gobierno no sabía proveerlos ni emplear ó avivar su ardor con grandes operaciones: tampoco se atrevía á apelar á la fuerza para que volvieran á sus filas los desertores. Se sabía que á los jóvenes de la primera quinta que habían penetrado en el interior, ni se les buscaba ni se les castigaba; en París mismo se hallaban favorecidos por los comités, cuya milicia voluntaria componían comunmente. Era, pues, considerable el número de desertores, los ejércitos habían perdido la cuarta parte de su fuerza, y por dondequiera se notaba aquel desaliento general que hace dejar el servicio al soldado, descontentando á los jefes y poniendo en riesgo su fidelidad. El diputado Aubry, encargado en el comité de salvación pública del personal del ejército, había hecho una verdadera reacción contra todos los oficiales patriotas, y en favor de los que no habían servido en los dos grandes años de 93 y 94.

Si los austriacos no hubieran estado entonces tan desmoralizados, esta era la ocasión en que habrían podido vengarse de sus pérdidas; pero se rehacían muy lentamente al otro lado del Rhin, y no se atrevían á impedir las dos únicas operaciones intentadas por los ejércitos franceses, el sitio de Luxemburgo y el de Maguncia. Eran estas dos plazas los únicos puntos que conservaba la liga en la orilla izquierda del Rhin: la toma de Luxemburgo concluía la conquista de los Países Bajos haciéndola definitiva; y la de Maguncia privaba á los imperiales de una cabeza de puente que les facilitaba hacer el paso del Rhin con seguridad. Lu-

xemburgo, bloqueada durante todo el invierno y la primavera, se rindió por hambre el 6 mesidor (24 de junio). Maguncia no podía entregarse sino por sitio, pero faltaban los materiales; era menester atacar la plaza por ambas orillas, y para esto se necesitaba que atravesasen el Rhin Jourdan ó Pichegrú, operación difícil á la vista de los austriacos é imposible sin pontones. De modo que nuestros ejércitos, aunque vencedores, se hallaban paralizados por el Rhin, que no podían atravesar, faltándoles recursos y resintiéndose, como todas las partes del gobierno, de la debilidad de la actual administración.

Todavía era menos satisfactoria nuestra situación en la frontera de los Alpes, porque á lo menos en el Rhin habíamos logrado la importante toma de Luxemburgo, mientras perdimos terreno por la frontera de Italia. Mandaba Kéllermann los dos ejércitos de los Alpes, que se hallaban en el mismo estado que los demás, y reducidos, además de la desertión, por haberse sacado de ellos algunos destacamentos. El gobierno ideó una ridícula intentona contra Roma. Queriendo vengar el asesinato de Basseville, envió diez mil hombres á la escuadra de Tolón, repuesta enteramente por el cuidado del antiguo comité de salvación pública, y trataba de enviarlos á la embocadura del Tíber para imponer una contribución á la ciudad pontificia, volviéndose luego inmediatamente á sus navíos. Por fortuna malogró este proyecto un combate naval que se dió contra lord Hotham, de cuyas resultas hubieron de retirarse ambas escuadras igualmente maltratadas. Devolvióse al ejército de Italia la división que se le había quitado, pero fué preciso al mismo tiempo enviar á Tolón un cuerpo que combatiere á los terroristas y otro á Lyon para desarmar la guardia nacional que había consentido los asesinatos de los patriotas. Así era que los dos ejércitos de los Alpes se hallaban privados de una parte de sus fuerzas á la vista de los piemonteses y austriacos, reforzados con diez mil hombres que llegaron del Tirol. Aprovechando el general Dewins la coyuntura de haber enviado Kéllermann una de sus divisiones á Tolón, atacó á su ala derecha hacia Génova; mas no pudiendo resistir á fuerzas superiores, se vió obligado á replegarse. Siguiendo siempre con su centro en el collado de Tenda sobre los Alpes, dejó de extenderse por la derecha hasta Génova y tomó posesión detrás de la línea de Borghetto. Era de temer que en breve no hubiese comunicación con Génova, cuyo comercio en grandés iba á su-